

Marta mira fijamente el teléfono apoyado sobre la mesa de metacrilato del salón. En un estante inferior almacenaba las revistas de moda que compraba todos los meses.

Las leía atentamente y obedecía sus preceptos como si se tratara de la biblia. Su mejor amiga del colegio, con la que precisamente acaba de hablar, trabajaba para una de ellas.

Era redactora jefe, y eso le parecía un puestazo comparado con el suyo, que no había pasado de cajera porque sin duda las finanzas no eran lo suyo.

Si había entrado a trabajar en Caja de Madrid, ahora Bankia, era porque su padre se lo había impuesto aprovechando que conocía a uno de los jefazos.

Era gallego y más machista de lo que nadie pudiera imaginar.

Ella creía que en esa región finisterraquea, por alguna ley antropológica que merecería la pena estudiar, la práctica totalidad eran así.

Galicia, según su etimología latina, debía proceder de gallo.

Así les habían considerado los romanos, al igual que a los franceses, que resultaban también bastante gallitos según su tía, que estaba casada con uno.

Era la mayor de los seis hermanos y había emigrado a Francia cuando era jovencísima.

Su padre, gracias al dinero que ella les enviaba, había logrado ir a la universidad. Allí había conocido a su madre, que cuando se quedó embarazada de ella, dejó de estudiar.

Luego, cuando se casaron, fueron los suegros los que siguieron pagándole los estudios, y así había llegado a convertirse en catedrático de sociología.

Ella le quería, pero tenía que reconocer que era un verdadero tirano.

De hecho estaba convencida de que cuando murieron sus abuelos, a los que su madre estaba muy unida, había decidido premeditadamente construir el chalet en Torrelodones para alejar a su madre por completo de la sociedad.

De joven había sido muy guapa e incluso viajera.

En Londres había estado una vez de soltera, pero aunque no se lo había confirmado, suponía que había ido abortar, porque ya estaba saliendo con su padre, que por cierto no la había acompañado.

Lo que no comprendía era por qué razón los hombres de antes dejaban con tanta facilidad embarazadas a las mujeres, mientras que los de ahora no lo conseguían ni borrachos.

O sería quizá por eso, porque bebían en exceso, fumaban porros, esnifaban...

Ella hubiera sido tan feliz si al menos Marcos le hubiera dado un hijo.

Seis años habían pasado viviendo juntos, y nada.

Al principio la había obligado a ponerse el DIU, y justo cuando se lo quitó, la abandonó.

Pues será por eso, porque no quieren tener hijos ni comprometerse, pensaba.

Además Marcos ya tenía uno, aunque realmente nunca se había preocupado lo más mínimo por él.

Entonces maldecía su suerte.

Sus padres poseían millones de euros en patrimonio, y eso de qué le valía si lo único que quería en esta vida era un niño, pero con cuarenta años aún no lo había conseguido.

Había invertido tanto dinero en la relación que se sentía verdaderamente defraudada. Pero lo que más le dolía aún era el sentir como si le hubieran robado todo el tiempo que había poseído, trabajando toda su vida para nada.

Entonces, con la garganta llena de hiel, mira fijamente el teléfono deseando pedir auxilio.